

vivirá á la casualidad como un ser que no tiene principio ni fin, porque se habrá quitado á sí mismo, al quitarse la verdad, es decir, el conocimiento de Dios, el primer medio que se nos ha dado para cumplir nuestro destino, el cual consiste en dirigirnos á Dios y en obtener imitándole la perfeccion de su naturaleza y la beatitud de su vida eterna.

## SERMON QUINCUGÉSIMO.

### Del hombre considerado como ente moral.

El hombre no es tan solo una inteligencia, no es solamente un ser contemplativo. Si Dios no le hubiese dado sino la actividad de la contemplacion, su vida se hubiese limitado á una simple y perpetua mirada, á una adoracion impasible de la verdad. Pero el hombre es tambien un ser afectivo y operativo: hállase dotado de una segunda facultad, consecuencia de la primera, que tiene dos actos, de los cuales el uno se expresa por esta palabra: yo amo; el otro por esta: yo mando. Esta es la voluntad. Tenemos, pues, que saber lo que Dios ha hecho por la voluntad cuando creó al hombre, y qué medio nos ha comunicado en ella y por ella para llegar á nuestro fin, que es la perfeccion y la bienaventuranza.

Pero ántes de entrar en este grave asunto, tengo, señores, dos súplicas que haceros. Primeramente os suplico que cualquiera que sea el sentimiento que conmueva vuestros corazones, no aplaudais nunca. No es esto que no conciba, aun al pié mismo de los altares, el movimiento involuntario que conduce muchas veces á una asamblea religiosa á dar en cierto modo un testimonio unánime de su simpatía y de su fe. Mas aunque en ciertos casos puedan parecer excusables estas aclamaciones cuando salen con piedad del alma de los oyentes, sin embargo, os ruego que obedezcais á la tradicion constante de la cristiandad, que es no responder á la palabra de Dios sino con el silencio del amor y la inmovilidad del respeto. Este comportamiento se lo debeis á Dios, y quizá tambien al que os habla en su nombre. Aunque yo no fuese tentado por el orgullo al escuchar vuestros aplausos, podria sospecharse que no era insensible á ellos; tambien podria creerse que en lugar de distribuiros gratuitamente lo que gratuitamente he recibido, trataba de buscar el premio en la gloria de la popularidad, recompensa honorifica algunas veces, pero siempre frágil, y mas frágil y mas vana todavía entre los que reciben y el que da las lecciones de la eternidad.

La segunda súplica que tengo que haceros es en favor de una na-

cion á quien ya mas de una vez, y aun desde esta cátedra, he probado mi respetuosa adhesion. Ayer se han presentado á mí tres nobles hijos de la Polonia; ellos me han dicho que cuatro mil de sus compañeros, despues de quince años de destierro, iban á acercarse á su patria con el consentimiento de la Francia que les abre sus puertas, y de la Alemania que les permite el camino. Ellos han reclamado de mí, despues de haber obtenido el permiso del gefe de la diócesis aquí presente, que os pidiera en su nombre una prueba postrera de vuestra piadosa fraternidad; porque si el tiempo ha respetado su gloria y no ha agotado su valor, solo les ha dejado estos despojos ópimos, y nada mas: yo me he inclinado ante sus votos como ante su infortunio, y os los presento juntos. Vosotros no les haréis una limosna; porque aunque esta palabra sea querida á vuestro corazon de cristianos, hay ocasiones en que el heroismo de la desgracia os obliga á buscar otra mas grande. Tampoco les pagaréis un tributo; porque aunque esta palabra supone una deuda, y una deuda de un orden considerable, no respira sin embargo bastante la uncion de la lengua cristiana. Por esto os pediré, valiéndome de una palabra célebre de la edad media, un viático, es decir, la paga de viaje que se daba en aquellos tiempos á los religiosos y á los caballeros que iban á combatir en la Tierra Santa para la liberacion de la cristiandad. Daréis pues un viático á esos hijos de otra tierra sagrada, á esos soldados de otra causa generosa; les daréis el triple viático del honor, del destierro y de la esperanza.

Dicho esto, señores, propuesta á vuestro corazon y al mio esta doble satisfaccion, entro delleno en el asunto que reclama vuestra atencion.

Así como la verdad es el objeto de la inteligencia, el bien es el objeto de la voluntad. Pero ¿qué es el bien? ¿Qué diferencia hay entre el bien y lo verdadero? ¿No es todo una misma cosa aunque con distintos nombres? Confieso, señores, que el bien y lo verdadero tienen la misma raíz y el mismo sosten sustancial, puesto que lo verdadero es el ser, y que el bien es tambien el ser. Pero así como la unidad de la esencia divina no excluye la triplicidad de las personas, la unidad del ser no la impide tener muchos aspectos. Primeramente es luz, y bajo esta forma se revela á la inteligencia y se llama verdad. Despues es orden, armonía, belleza, y bajo esta forma afecta á la voluntad y se llama el bien. Nuestra naturaleza corresponde de este modo á la suya. En cuanto es luz, nosotros le respondemos por una facultad que está destinada á conocer lo verdadero; en cuanto es orden, armonía y belleza, le respondemos por otra facultad, destinada á

reproducir el bien amándole y haciéndole. Y del mismo modo que la verdad es la perfeccion y la beatitud de la inteligencia, el bien es la perfeccion y la beatitud de la voluntad.

Es primeramente su perfeccion: porque fuera del bien, todo es mal; es decir, desórden, confusion, fealdad; y evidentemente la voluntad que ama y obra el desórden, la confusion y la fealdad, está en un estado falso ó injusto; así como por el contrario, la voluntad que ama y que opera el bien, es decir, el órden, la armonía y la belleza, está en un estado de justicia ó de perfeccion.

Añado que el bien es tambien la dicha de la voluntad, pues produce en ella y por ella el afecto mas fuerte del hombre, á saber, el que remueve y llena hasta el fondo la vasta soledad de su alma; sin duda que la alegría de la verdad conocida es grande, y que hay en la mirada que encuentra el esplendor de lo verdadero, un estremecimiento inmóvil que llega al éxtasis; pero si el éxtasis se verifica, si llegan á correr las lágrimas, estad seguros de que la inteligencia no ha sido solamente la afectada; la vision ha penetrado mas adelante, y el hombre ha recibido el golpe supremo de lo alto, el golpe del amor que todo lo termina en él como en Dios. En la intuicion de la verdad el hombre no salia de sí mismo, miraba la luz presente á su espíritu, y gozaba de ella como de un elemento ó de una parte de su propia personalidad. Por el movimiento del amor se lanza fuera de su persona ó de su vida; busca un objeto extraño, se une á él, le estrecha y quisiera transformarse y consumirse en otro él. Este rapto de sí mismo que se creeria una tentativa de suicidio, le causa un estremecimiento de indecible contento, y el abandono de su ser se convierte en la plenitud de este. Este es el amor. ¿Pero quién le ha mandado el amor? ¿Quién ha sido bastante fuerte para apoderarse de este ser y sujetarle hasta hacerle desear morir en otro ser, como si esta muerte fuese su mejor y la primera vida? Un poder, señores, es el que ha obrado este milagro, el poder del bien. Mas allá de la luz en que el ser se le ha aparecido, ó en esta misma luz, ha visto el hombre el órden, la armonía y la belleza, y arráncandole este espectáculo de la contemplacion estéril de su propia excelencia, se ha sentido arrastrado á despojarse de sí mismo para vivir en el objeto de su vision.

Nada nos es tan familiar, señores, como este movimiento; entre todos los de nuestra naturaleza, es el mas universal, el mas vulgar, y el que mas voluntariamente llevamos hasta la extravagancia. Toda nuestra vida se pasa, sufriendole ó arreglándole. Teniendo todo ser en sí cierta cantidad de bien, es decir, estando dotado de

orden, de armonía y de belleza, en cierta proporcion, no hay ninguno que no sea capaz de excitar en nosotros alguna impresion de amor. Y esta impresion se manifiesta sobre todo, y adquiere mayores proporciones del hombre al hombre. El hombre en el mundo es la obra maestra del bien. Reune en su noble figura la magia de los dos mundos á que pertenece; el mundo de los cuerpos y el de los espíritus. Superior por la disposicion de sus facciones á la misma imaginacion que jamás ha podido representarse nada mas perfecto, él llama á ellas, desde el fondo de su alma, el reflejo del pensamiento y la expresion de la virtud. Si abre los ojos, es un espíritu que os mira; si permanecen sus labios silenciosos, es la gracia del corazon la que los anima al cerrarlos; si la serenidad ilumina su frente, vese en ella la paz de una conciencia recta que derrama en ella la luz y el reposo; cada arruga de su carne, cada movimiento de su vida, encierra bajo una sola belleza el doble imperio del bien visible y del bien ideal. De aquí esas adhesiones que hacen de la vida humana una larga serie de sacrificios, recompensados por la felicidad de amar y de ser amado. No buscamos en otra parte el secreto de la felicidad; sabemos que está allí, y aun cuando abusemos de él por pasiones culpables, damos aun en medio del crimen un testimonio de esta ley de nuestra naturaleza. Si acontece que el hombre nos niegue el amor de que necesitamos, ántes que renunciar á este bien precioso, lo pediremos á otros seres colocados mucho mas abajo que nosotros, pero que conservan á lo lejos en su instinto alguna semejanza capaz de engañar nuestro corazon. El pobre, que ya no tiene amigos, los buscará en algunas criaturas mas abandonadas que él mismo, y calentará en su seno á aquel animal oscuro y piadoso á quien un escritor cristiano ha llamado con tanta oportunidad el perro del pobre. Él se le sonreirá con la inefable sonrisa del abandono; le confiará aquellas lágrimas desconocidas que ninguna ternura recoge; partirá con él el pedazo de pan que le han dado durante el día, y este sacrificio del hambre á la amistad le hará gozar hasta en la miseria la gran felicidad de la riqueza, que consiste en dar.

No será este, señores, el último esfuerzo del hombre para inspirar amor y para recibirlo. El preso irá aun mas lejos que el pobre. Separado por inexorables hierros de la naturaleza y de la humanidad, descubrirá en las rendijas de su calabozo algun vil insecto, compañero imperceptible de su cautiverio. Acercaráse á él con el temblor de la esperanza, y con la delicadeza del respeto; expiará los

misterios de su existencia y estudiará sus gustos; empleará muchos días en no espantarle, en hacerle pasar del temor á la confianza, en obtener en fin de él una prueba de correspondencia que disminuya la soledad de su corazon y que ensanche las paredes de su cárcel. El perro consueta al pobre; la araña enternece al cautivo; el hombre, hijo del bien, lleva consigo á todas partes un amor, que convierte en un recurso y una felicidad los mismos horrores del abandono.

¿Necesito deciros mas? ¿Vuestra alma no se ha lanzado mas allá de mis palabras, y no habeis visto que el bien real ó aparente dispone de nuestra voluntad y es su beatitud?

Pero ¿qué cosa es el bien? Ya os lo he dicho, es verdad. Ya os he dicho que era el orden, la armonía y la belleza que la inteligencia descubre en la luz en que se la aparece el ser. Sin embargo, por exacta que sea esta definicion, no es el término en donde se detiene vuestro espíritu. Vosotros deseais una explicacion que toque mas al fondo; ¿me preguntais en dónde está el orden, la armonía y la belleza?

¿En dónde está, señores? Por todas partes sin duda, en la naturaleza, por todas partes, ante vuestros ojos. No hay una hoja de árbol, ni un tallo de yerba, ni una nube que pase por el cielo, que no sea orden, armonía y belleza, pero nos es ni todo el orden, ni toda la armonía, ni toda la belleza, ni todo el bien. Cada ser, aun el que esta desnaturalizado por culpa suya, contiene una porcion bien fácil de conocer, y que excita nuestra simpatía; pero no contiene la totalidad de él. Aquel es el orden que encierra en su esencia, la regla de donde dimanen todas las relaciones de los seres; aquella es la armonía que ha pesado los mundos, y que les ha trazado en el espacio caminos de que jamás se separan; aquella es la belleza que ha hecho el hombre y que ha puesto en su rostro tanta gracia y tanta majestad; aquel es el bien, de donde todo bien dimana, y que lo ha esparcido con profusion en el universo sin poderlo dar todo entero, porque no ha podido dar lo infinito. En una palabra, Dios es el orden, la armonía, la belleza y el bien. Así como él es el ser y la verdad, así tambien es el bien. Como ser, nos ha comunicado la existencia; como verdad, ilumina nuestros entendimientos; y como bien, nos inspira el amor que, segun la expresion del Evangelio, es toda la ley y toda la justicia. Porque nosotros no podemos recibir ni dar nada de mas valor que el amor; él es el crédito ó la deuda suprema, y cualquiera que está en paz con él,

está en paz con todo. Pero el primero á quien somos deudores de esto, el primero que tiene derecho á este tesoro único de nuestra alma, es Dios, puesto que solo Dios es el bien, y que solo el bien es causa del amor.

El que no ama á Dios, puede estar seguro de que no ama al bien. Confieso que amaré bienes particulares, á su familia, á sus amigos, á su patria, el honor y hasta el deber, si entendemos el deber en el sentido estricto que arregla las relaciones de los hombres entre sí; mas no amaré el bien universal y absoluto, de donde proceden todos los bienes á los cuales ha consagrado su corazón. Por esta razón no llegará nunca á la perfección y á la beatitud de la voluntad, que estando en el amor del bien no puede encontrarse sino en el amor de Dios.

Ya lo veis, señores, tanto en el misterio del amor como en el de la verdad llegamos á la misma conclusión, que es, que solo en Dios reposa nuestra perfección y nuestra beatitud. Imposible es que os admireis de esto, puesto que hemos establecido como base de nuestra doctrina y como nudo de nuestro destino, que Dios es á un mismo tiempo nuestro principio y nuestro fin. Siendo Dios nuestro principio, lo es también de cada una de nuestras facultades; y siendo nuestro fin, también lo es de cada una de ellas. Identificándose este fin con la perfección y la beatitud divina, es necesario que cada una de nuestras facultades por la vía que le es propia, beba en Dios la vida, que la hace perfecta y que la hace feliz. Con todo eso, las deducciones á que os conduzco no son una repetición estéril de los puntos doctrinales que hemos emitido y demostrado anteriormente; porque además de que os hacen ver su aplicación en cada uno de los resortes de la actividad humana, los prueban superabundantemente por el análisis de nuestros actos y de sus objetos. ¡Qué alegría no es para nosotros, que con solo definir la inteligencia y la voluntad nos encontremos con Dios en el término de sus operaciones! ¡Qué encanto el no poder nombrar la verdad ni el bien, sin nombrar al mismo Dios! Y además, señores, estas investigaciones nos conducen directamente á los medios que nosotros hemos debido recibir para alcanzar nuestro fin. Ya hemos probado en la conferencia anterior, que el primero de estos medios era el concimiento de Dios; nos hallamos ahora en el caso de concluir que el amor de Dios es el segundo.

En efecto, siendo este amor la perfección y la beatitud de nuestra voluntad, y habiéndose propuesto Dios comunicarnos una y otra,

como hemos visto, síguese de esto que ha debido según el orden de su designio, crearnos en estado de amor hacia él; amor inicial, es cierto, sujeto á la prueba de nuestro libre albedrío, pero preparándonos y conduciéndonos, á no haber prevaricación por nuestra parte, á la unión final y beatífica de la caridad consumada. Esto es lo que nos enseña la doctrina católica cuando nos pinta al primer hombre naciendo en la caridad ó la justicia original. Observad os ruego esta hermosa alianza de expresión: en lenguaje cristiano, caridad es sinónimo de justicia, y justicia lo es de caridad. Ya os he dicho ahora mismo la razón. Sin esta justicia divina del amor, el hombre está separado de Dios, aun conociéndole, y separado de él no puede menos de descender hacia la miseria y la muerte, por un camino diametralmente opuesto á aquel con que le convida el orden de su creación. Según este orden, él ha recibido á Dios por término, á la verdad por guía, y á la caridad por motor. Si se extravía no son los medios los que le faltan, sino la voluntad.

Aquí, señores, volvemos á hallar otra vez la intervención del libre albedrío en nuestros destinos, y si su presencia os inquieta, yo podría limitarme á repetiros que sin él los dones de Dios quedarían en nosotros tales como los hemos recibido, con un carácter de fatalidad que haría de nuestra perfección una obra indigna de Dios y de nosotros. Pero esta explicación, por suficiente que sea, exige desenvolvimientos que hubiesen sido prematuros cuando exponíamos el plan general de la creación, y que ya no lo son en el momento en que tocamos en la cuestión de la voluntad á los fundamentos del orden moral. La voluntad es el sitio del libre albedrío, al mismo tiempo que el del amor; amamos por el mismo órgano que nos da el imperio de nuestros actos, y que con este imperio nos impone la responsabilidad de nosotros mismos. Estas tres cosas ligadas entre sí, el libre albedrío, el amor y la responsabilidad, son las que constituyen indivisiblemente el orden moral. El libre albedrío presenta la elección, el amor elige, y el hombre responde. ¿Por qué es esto así? ¿Ha encadenado alguna sabiduría arbitraria estos tres elementos de nuestra actividad, ó bien existe en ellos alguna razón profunda que nosotros debamos penetrar, á fin de aclarar el misterio de Dios en la creación de este mundo?

Pensaréis que yo adopto el último partido: lo adopto en efecto, y establezco esta cuestión que lleva tras sí todo lo demás. ¿Hay entre el amor y el libre albedrío una relación esencial que haga al uno ser condición del otro? Para saberlo, necesario es que escrute-

mos á fondo la naturaleza del amor. Es de tanta importancia por otra parte el papel que desempeña en nuestra alma y en el cristianismo, que no nos pesará el echar una mirada profunda sobre su esencia.

Nada es mas sencillo ni mas uno que el amor, y sin embargo encierra tres actos en la unidad de su movimiento. Es primeramente un acto de preferencia. El hombre, por grande y vasto que sea su corazón, no puede adherirse á todo con igual fuerza; rodeado de objetos que, en diversos grados, llevan el sello del bien, experimenta diferencias varias en el atractivo que le inclina hácia ellos; ciertas diferencias simpáticas cuyo orden no depende únicamente de la bondad comparada de los seres, sino tambien de sus secretas semejanzas con nosotros. Sucede muchas veces que no nos damos cuenta nosotros mismos de los motivos de nuestra preferencia; pero lo cierto es que preferimos, y que empieza el amor en nosotros por este primer golpe, que es lo que es la eleccion. Es tambien cierto que la eleccion, tanto en el que es autor de ella como en el que es su término, da impulso á los goces elevados del amor. Tenémos por dichosos en elegir, y tambien nos tenemos por dichosos en haber sido elegidos. Dos seres se han encontrado en la inmensidad del tiempo y del espacio á través de los innumerables cambios de la creacion; allí se han reconocido como si se hubiesen dado una cita de toda eternidad; allí se han ligado uno á otro por una preferencia recíproca que honra á entrambos, y que halaga en su orgullo la parte que hay en él pura y venerable. Nada hay que pueda compararse con el encanto virginal de este primer instante que queda grabado en la memoria, como queda en el corazón el amor primero. Cuando los años han debilitado otras muchas impresiones, esta subsiste en toda la lozanía de su juventud, y nos conduce hasta aquellos dias felices en que tuvimos la gloria de elegir y ser elegidos. ¿Y dónde estaria, señores, la eleccion, si no poseyésemos el libre albedrío? ¿Dónde estaria si no tuviésemos la facultad de preferir lo que queremos? No hay duda que los motivos de la preferencia existen en la perfeccion del ser que es su objeto; pero existen tambien y paralelamente en la voluntad que hace la eleccion. Esta puede desconocer y hasta rechazar una excelencia que no la es simpática, por otra que la corresponda, y en esto halla el precio de su acto, acto supremo que no confiere un honor ni produce un gozo sino porque es soberano.

El amor, sin embargo, no se detiene en el acto de eleccion, sino

que exige el sacrificio al ser escogido. Elegir, es preferir un ser á todos los demás; consagrarse, es preferirle á sí mismo. El sacrificio es la inmolacion de sí al objeto amado. Cualquiera que no llegue hasta aquí, no ama. La preferencia por sí sola no implica en efecto sino un gusto del alma, que necesita espaciarse en la causa de donde sale; gusto honorífico y precioso sin duda, pero que limitándose á esto, no alcanza sino á buscarse á sí mismo en otro ser distinto. Si muchos afectos se detienen en este punto, es porque muchos de ellos no son sino un egoísmo disfrazado; experimentamos cierto atractivo, nos abandonamos á él, creemos amar, y quizá percibimos algunos vislumbres de verdadero amor; pero cuando llega el momento de la prueba, reconocemos en la impotencia del sacrificio, la vanidad del sentimiento que nos preocupaba sin poseernos. Véese esto mas frecuentemente en los lamentables ejemplos de las pasiones, que tienen por principio la belleza fugitiva del cuerpo. No interviniendo nada de inteligible é inmortal entre las almas que se entregan á estas tristes seducciones, el encanto de ellas desaparece bien pronto, en el mismo ardor que producen, y no dejan en el corazón otro vestigio que las devastaciones de un egoísmo engrandecido por unos goces engañosos. Sola la virtud produce el amor, porque solo ella produce el sacrificio. Tenemos una prueba de esto en todos los afectos en que la virtud mezcla el divino bálsamo de su presencia. Ella es la que inspira á la madre, inclinada noche y dia sobre la cuna de un hijo; ella tambien la que inspira al pecho del soldado, y la que le conduce á la muerte en nombre de la patria; ella es finalmente la que fortifica al mártir contra las amenazas de los tiranos, y la que le hace acostarse sobre los suplicios, cual si lo hiciese sobre el lecho nupcial y gozoso de la verdad. Hé aquí los rasgos en que el mundo, por corrompido que esté, reconoce y admira el amor; y si el amor no tiene en todos tiempos la ocasion de revelarse por ilustres sacrificios, muestra al menos incesantemente con menores inmolaciones, que lleva consigo el germen que le hace tan fuerte como la muerte (1), para servirme de una expresion de Salomon.

¿Pero, señores, el sacrificio es posible sin el libre albedrío? Sacrificarse, hemos dicho era preferir á otro á sí mismo, es darse á otro para ser suyo. Ahora bien, ¿cómo puede nadie darse si no es libre? ¿cómo preferir otro á sí, sino puede disponer de sí? El ser

(1) Cántico de los cánticos, cap. 8, vers. 6.

privado del libre albedrío, está bajo el ascendiente fatal de una dominación extraña; no piensa, no se mueve sino por el pensamiento y por la voluntad que le tiene cautivo, con aquel cautiverio interior en que nada se deja á la acción propia de la personalidad. Semejante ser, así despojado de sí mismo, ¿conserva el derecho de darse? Puede morir, pero muere como cae la piedra, esclavo de la muerte y no del amor. De la manera, pues, que el libre albedrío es la condición del amor, en cuanto el amor es un sentimiento de preferencia, es también su condición, en cuanto el amor es un impulso de adhesión.

Resta aún otro tercer acto, por el que se corona el maravilloso drama de que es nuestra voluntad teatro y autor. Después que hemos elegido el objeto de nuestra preferencia, después que nos hemos entregado á él por el sacrificio, todavía no se ha terminado todo. Él debe también preferirnos, él debe igualmente entregarse-nos, resultando de esta elección y de este sacrificio recíprocos una fusión de los dos seres en los mismos pensamientos, en los mismos deseos, y en el mismo querer; fusión tan ardiente y tan íntima que llegaría á consumirlos en una sustancia única, si esta potestad de imitar la unidad sustancial á la pluralidad personal no perteneciese exclusivamente á la santísima é indivisible Trinidad. Doloroso es para nosotros, que experimentamos algo de aquella amorosa unión, el hallarnos con un límite en donde espira con la potestad de la unión, la del amor creado. La unión, señores, tal es el término del amor; término en que nada más tiene que producir, sino la perseverancia de sus actos y la inmortalidad de su dicha. Pero del mismo modo que la preferencia y el sacrificio, tampoco podría pasar la unión sin el elemento del libre albedrío; porque para unirse es preciso ser dos, y esto no puede ser sino con la condición de conservar de una y otra parte la plenitud de su personalidad, lo que no se verifica sino por el libre albedrío. El alma en que el libre albedrío no existe, en que jamás ha existido y que en ningún momento ha sido capaz de emitir un pensamiento ni una voluntad propios, esta alma se halla embebida en otro ser, y está aniquilada por la impotencia de igualarse con un alma libre, y de darla en la reciprocidad del amor la preferencia, el sacrificio y la unión que de ella recibe.

Yo no sé si es una ilusión, pero me parece que no hay nada más claro que esta relación esencial del libre albedrío y del amor; y por consecuencia nada hay tampoco más claro, que las razones en que

la sabiduría divina ha fundado la resolución de ponernos en el mundo con el don peligroso de la libertad. Dios no tenía necesidad de nosotros: Dios nos eligió libremente para comunicarnos sus bienes y unirnos á él; libremente también nos ha amado. Ahora bien, el amor por su propia naturaleza exige amor; es imposible preferir sin querer ser preferido, sacrificarse sin querer que se nos vuelva el sacrificio; y en cuanto á la unión, ni aun puede concebirse sin la idea de la reciprocidad. La reciprocidad es la ley del amor; es su ley aun entre dos seres iguales: ¿cuánto más lo será entre dos seres, de los que el uno es el Criador, y el otro la criatura, de los que el uno lo ha dado, y el otro lo ha recibido todo! Dios tenía un derecho infinito á ser amado del hombre, porque él mismo le había amado con un amor eterno é infinito, y por consiguiente debía colocarle en la sola condición en que el hombre podía volverle preferencia por preferencia, sacrificio por sacrificio, unión por unión; es decir, en la gloria y en la prueba del libre albedrío. Este era el derecho de Dios; pero ¡cosa notable! también era el derecho del hombre, ó á lo menos su honor, puesto que sin este don del libre albedrío, no hubiera podido el hombre ni elegir ni sacrificarse, ni por lo tanto amar, en el sentido verdadero y generoso de esta palabra.

No pregunteis, pues, porqué es libre el hombre; tampoco pregunteis porqué no ha nacido en una perfección y en una beatitud en que no tuviese peligro de mudanza. Es libre, porque debe amar; es libre, porque debe escoger el objeto de su amor; lo es igualmente, porque debe sacrificarse al ser á quien eligió; lo es finalmente, porque en la unión que termina el amor debe llevar el dote sin mancha de una completa personalidad; es libre, en fin, porque Dios le ha amado libremente, y porque ha querido recibir de él la recompensa equitativa de una plena reciprocidad. No se me oculta, señores, la dificultad que se presenta á vuestro espíritu; confieso que es grave, pero voy á hacerme intérprete exacto de ella.

Según la doctrina católica, la prueba del libre albedrío cesa con la vida presente del hombre: en cuanto este ha desaparecido del mundo y ha sido llamado ante el Juez supremo, pasa á un estado de consumación desgraciada ó feliz, que no le deja ya el honor, ni el peligro, ni el recurso de la elección. Si es, pues, el libre albedrío esencial á la realidad del amor, siguese que los santos en la beatitud de la eternidad no aman ya á Dios sino bajo la forma de un afecto incompleto é impersonal, lo que es un pensamiento absurdo.